

ENRIQUE GONZALEZ ROJO **UNA**
GRAMATICA
 **IRACUNDA**

Antologías Temáticas 21



ENRIQUE GONZALEZ ROJO

Una gramática iracunda



EDITORIAL DIOGENES,
S.A. MEXICO

Primera edición, septiembre de 1984

© Editorial Diógenes, S.A.

Arteaga y Salazar 21

El Contadero-Cuajimalpa 05500

México 18, D.F.

Impreso y hecho en México *Printed and made in Mexico*

PROLOGO

Aunque la forma y el contenido poéticos encarnan una unidad indisoluble, como lo hace el cuerpo y el espíritu de los hombres, pueden ser examinados, por un requerimiento metodológico, separadamente. Haciéndome eco de tal exigencia, me gustaría subrayar que, en relación con los aspectos formales de la poesía, mi producción lírica ha hecho suyas, y sigue haciéndolas, las tres formas principales de versificación: el verso clásico, el verso blanco y el verso "libre". El verso clásico —con una métrica y una rima sometidas a leyes muy precisas— hace acto de presencia en mi obra: sonetos, lirás, tercetos, cuartetos, etc., campean aquí y allá, con su añejo sabor itálico, a lo largo de mi poesía. El verso blanco —sin rima, pero con una métrica regular— se erige, quizás, en el recurso estilístico más reiteradamente frecuentado por mi pluma. El verso "libre" —con su sistemática recusación de la rima y de la métrica regular— aparece con alguna frecuencia en mi escritura. No estoy comprometido, como puede verse, con una de esas formas. El ideal libertario que enarbolan, en su estructuración emotiva, mi tinta, mi pluma y mi cerebro, no puede aceptar el calabozo, clásico o moderno, de pergeñar cuartillas en una sola dirección y bajo exigencias canónicas unilaterales. No puedo limitar mi producción poética, para poner un ejemplo, al verso "libre", porque tal cosa (como el dodecafonismo respecto a la música tonal) representaría el ingreso voluntario no sólo a un procedimiento distinto, sin duda renovador, sino también a una nueva cárcel. Frente al verso clásico, el verso blanco y el verso "libre", exalto la idea y la práctica del *verso personal*. La idea de un verso que puede ser clásico, blanco o "libre", o asumir cualquier combinación entre ellos, modifica de golpe la relación entre el poeta y cualquier preceptiva. Ya no son ciertos cánones los que dominan al poeta, sino que es éste último el que se enseñorea sobre ellos. No en el sentido de desconocerlos o violarlos arbitrariamente, sino en el de convertirlos en el *modus*

operandi, libremente elegido, de la intención significativa. El *verso personal* es, por eso mismo, el *verso libre* por antonomasia. Verso libre sin comillas. Posibilidad siempre renovada de asumir la versificación tradicional o moderna, o cualquier sincretismo inesperado, siempre y cuando ello responda a las necesidades expresivas. En consecuencia, los aspectos *formales* de la versificación poética no son, para mí, un prejuicio restrictivo —en aras del cual se inmole la espontaneidad del acto creador—, sino opciones para configurar un contenido determinado en su forma pertinente.

Los aspectos *formales* de la poesía no se agotan, a mi entender, en los problemas de la versificación y la rima. Estos aspectos constituyen, digámoslo así, los *estratos más externos* de la estructura poemática. Pero ha? otros estratos, carne ya del poema, que, aun siendo "esquemas" o "formas" del contenido, aun formando parte de la intimidad endógena de la escritura, no abandonan su carácter formal: me refiero a las imágenes, metáfora.; y todo tipo de tropos que aparecen, como elementos cohesionadores del material emotivo, en la manufactura literaria. En el proceso de mi quehacer poético, he dado libre curso a metáforas, imágenes, rescate y metamorfosis del lenguaje cotidiano, experimentación con nuevos géneros literarios (las "neuronerías") y con procedimientos escriturales poco frecuentes (la "poesía interior"). En lo que se refiere a las metáforas —entendiendo por tales *la identificación ontológica de dos seres, fenómenos, relaciones o procesos distintos, pero semejantes, o a los que el "ojo" del poeta les descubre cierta analogía*— he empleado, entre otras, tres formas de metaforización: el poema-metáfora, los fragmentos-metáfora y las palabras-metáfora. El poema-metáfora consiste, como su nombre lo indica, en la relación comparativa e identificadora del poema, tomado en su conjunto, con un referente sugerido. Este procedimiento transforma el texto en un poema simbólico, ya que el trasfondo de todo simbolismo es una comparación *insinuada* entre la estructura verbal presente y la cosa o el fenómeno aludido. Quien lea con atención los poemas "Confidencias de un árbol" o

"En el mercado", incluidos en mi libro *Por los siglos de los siglos*, convendrá en que el significado de ellos se halla, por así decirlo, en el "más allá" del texto. Lo más característico de estas piezas no reside en ciertas comparaciones fragmentarias e ínsitas en el cuerpo de la escritura sino en la simbolización que se logra con el organismo semántico tomado como totalidad.

Cosa muy diferente ocurre con los fragmentos-metáfora. Son partes de un engranaje, elementos de un conjunto, adobes de un edificio espiritual. Detengámonos en algunos de ellos. Para no poner sino botones de muestra tomados de *Para deletrear el infinito*, transcribiré los siguientes:

"En punto de las doce, / un ponche, bien caliente, se diría / la mirada de Dios a la mitad / de la angustia": "Para poder cargarlo / en una sola pata, / liviano debe ser / el sueño del flamenco". "Cuando cumpla la luz su mayoría de edad en el deslumbramiento."

"Aborreces al que se halla / despierto a las altas horas de la envidia". "Tu deseo por mí / entre tus prendas íntimas descubro". "Cada vez que se encierra a un inocente / deja Dios de existir más todavía".

Las palabras-metáfora constituyen la modalidad más sintética que puede asumir la metaforización. Cuando hablo de *jorobarios, hurracas, vastodontes, asconetes, floripósas, chispiérnagas o grüñigres*, el vocablo condensa una unificación comparativa mediante la cual no es difícil descubrir que dichas palabras aluden, respectivamente, a los dromedarios, las hurracas, los mastodontes, los tlaconetes, las mariposas, las luciérnagas y los tigres. He escrito por lo menos dos poemas completos en los que predominan las palabras metáfora: "Premamutario" (que se incluye en esta antología) y "Ecce Homo", ambos pertenecientes a la "Bestia-da" de *Para deletrear el infinito II*.

Los poemas metáfora, los fragmentos-metáfora y las palabras-metáfora se dan, en mi producción, frecuentemente entremezclados, de tal manera que no es raro hallar un poema simbólico construido sobre la base, a nivel macroscópico, de fragmentos-metáfora y, a nivel

microscópico, de palabras-metáfora. Los poemas-metáfora, los versos-metáfora y los vocablos-metáfora tienen en común, pese a sus diferencias, el mismo procedimiento: *la unidad de lo diverso en tanto semejante*. En el "Canto X" de *El tercer Ulises* muestro tal cosa en la siguiente metáfora sobre la metáfora: *"He armado en la metáfora una jaula / para apresar lo idéntico, / ofrecerle el alpiste del sí mismo, / y el agua bautismal del nombre propio, / y hacer que cuando crezca, cuando crezca / sobre todo en las alas, / se vaya a picotear cosas distintas"*.

En mi poesía también aparecen las imágenes, tanto las reales como las fantásticas. Me ocuparé un momento de éstas últimas. La imagen fantástica equivale a un desorden, a una irrealidad. El poeta combina elementos heterogéneos, une lo que se halla separado en la realidad, aunque no posea o no se le descubran semejanzas. El producto de esta "síntesis poética" no puede ser sino una figura que, comparada con la realidad, tenemos que considerarla irreal. El surrealismo representa una sistematización de este procedimiento. La jirafa que arde de Dalí, o los relojes licuados, no son otra cosa que la combinación de elementos que existen separadamente en el mundo. La metáfora es, por lo contrario, una realidad. Se trata de descubrir la semejanza efectiva que en algún sentido poseen dos cosas o fenómenos distintos. Aunque con menos frecuencia que la metáfora, en mi producción lírica aparece la imagen fantástica. Un poema como "El recado", para no traer a colación otros de *Por los siglos de los siglos*, se basa esencialmente en la utilización de este recurso. Si una figura literaria, que parece identificarse con una imagen fantástica, alude, expresa, simboliza algo externo a sí misma, coincide en realidad con la metáfora. Pero hay casos en que la simbolización es incierta o multívoca, lo cual nos conduce a diferenciarla del procedimiento habitual de la metaforización, sin identificarla del todo con la imagen fantástica irreal. Este es el caso de algunos de mis poemas; por ejemplo "A la sombra del milagro", del mismo libro.

Además de las metáforas y las imágenes, mi producción

poética se caracteriza por lo que podríamos denominar el rescate y la metamorfosis del lenguaje cotidiano. Cuando afirmo: "*Me hallo en un corazón / sin salida*". "*Sé que la especie humana / no puede llegar a un buen parto*". En una sociedad liberada se diría: "*izapatero ¡ a tus poemas!*". Tres frases comunes (*callejón sin salida, llegar a un buen puerto y izapatero, a tus zapatos!*) han sido objeto de una mutación. Este rescate y metamorfosis del lenguaje cotidiano aparece reiteradamente en mi producción. Resultado del mismo es normalmente la sorpresa, ya que el lector, cuando inicia la lectura de una frase común y corriente supone que ésta terminará como habitualmente lo hace, sin extraviar ninguno de los ingredientes que la configuran: pero el poeta de pronto modifica uno de los elementos, con alguna intención creativa, y produce un nuevo efecto. El rescate y metamorfosis del lenguaje cotidiano eleva, a mi entender, las expresiones vulgares a expresiones poéticas y permite al creador añadir a los procedimientos precedentes (de la metáfora y la imagen) un método que posibilita enriquecer el plexo de recursos expresivos que requiere el poeta.

También he incursionado en la invención de un nuevo género literario, no demasiado ambicioso, pero sí de interesantes posibilidades. Aludo a las *neuronerías*. Estas últimas son suertes de epigramas intencionados, de breves poemas sobre la inteligencia. Algo así como los *hai-ku* de *la clase intelectual*. Son poemínimos — creados con anterioridad a los del Efraín— que van autocrítica y satíricamente de las neuronas a las neuronas. Reproduciré algunos: "*Más vale Heráclito en mano / que Parménides volando*". "*Imposible dormir, tras el pirrónico / infarto que sufriera ¡ mi dogma de la guarda*". "*Regla sin excepciones: ¡ cuando está toda iglesia discutiendo / con su Giordano Bruno, siempre acaba ¡ argumentando hogueras. ..*" "*Entre los yerros lógicos mayores, / junto a las peticiones de principio, ¡ los sofismas que dan gato por liebre / o los paralogismos, sobresale ¡ el círculo vicioso ¡ de Viena*". Estas *neuronerías* están tomadas del sexto canto de *Para*

deletrear el infinito. Del octavo del mismo libro son las siguientes: "Botín de guerra es la paz". "La razón asistía a los eleatas: imposible es que Aquiles l alcance a la tortuga. / Al hacerlo, serían / un diferente Aquiles / que alcanza a otra tortuga". "Identidad de contrarios l en que cada polo tiene sus entrañas en el otro':

He llamado "poesía interior" a un tipo de versificación por medio del cual la escritura se presenta en doble plano: en un primer nivel, o nivel explícito, tiene un significado inicial y en un segundo nivel, o nivel implícito, tiene otro. Lo característico de la "poesía interior" es, sin embargo, que los dos niveles, dados simultáneamente, no alteran la sintaxis del primero. Cuando apunto que una de mis manos se convierte "en llama, no sal, de mis angustias'; tal verso contiene en sus entrañas este otro: "ya, mano, sal de mis angustias". Cuando escribo de las mismas manos que "se sueñan rebeldes, / en cólera izadas", esta expresión lleva consigo esta otra: "se sueñan rebeldes l encolerizadas". Aunque la "poesía interior" — ¿influida por Villaurrutia?— aparece en varios poemas, hay uno, "Manos, mis pobres manos" de *En primera persona* en el cual se convierte en el recurso esencial de la elaboración poemática.

Las metáforas, las imágenes, el rescate y metamorfosis del lenguaje cotidiano, las "neuronerías" y la "poesía interior", amén de innumerables y abigarradas mezclas de esos elementos, no agotan, me parece, el material poético que compone mi producción. Digámoslo así: son elementos paradigmáticos que, como producto de un oficio cultivado durante casi toda una vida, integran una obra que ha ganado en creatividad, experiencias, vericuetos.

Los aspectos formales *externos* e *internos* que acabamos de ver no han permanecido idénticos a partir de *Para deletrear el infinito*. Se han ido modificando. Han cambiado de signo y de carácter. En un momento dado he puesto el acento en unos y apenas he utilizado otros. En momentos posteriores he elevado a

primer plano aspectos formales olvidados y he dejado de frecuentar procedimientos que antes me resultaban irrenunciables. Estos cambios formales están, a no dudarlo, en íntima vinculación con los cambios de contenido. Si los aspectos formales, externos e internos, son *intrínsecos* a la producción poética, el contenido es un elemento *extrínseco para ella*. *Extrínseco no quiere decir aquí ajeno o extra poético; significa material procesado poéticamente, referente sometido a una configuración formal. La temática del poema (política, filosófica, religiosa, etc.) no es bella de por sí; careciendo de valor artístico, se caracteriza por su indiferencia estética.* Un "poema" político sin recreación o procesamiento formal de los forros, escribí, respecto a ello, lo siguiente: "Reúno en esta obra cuatro libros. Aunque sigo utilizando en ellos la 'ratonera de metáforas' y el afán de poetización sintética que *caracteriza Para deletrear el infinito*, me intereso ahora por otros rumbos u otras dimensiones. En *El antiguo relato del principio* deseo rehuir la sobriedad (sequedad en ocasiones) de mi anterior poemario, a favor de una mayor viveza, espontaneidad, música. Creo haber superado el desdén por lo que erróneamente consideraba antes como lo puramente ornamental. Doy, además, rienda suelta a la ironía, esta amarga ironía que cargo en las entrañas. Si antes esta vena satírica se hallaba mas o menos reprimida, aquí hace acto de presencia, de afirmación, de contundencia. Hay, asimismo, y como siempre, mi preocupación política: mi gramática iracunda". En verdad, los cuatro libros reunidos en *El antiguo relato del principio* son textos fundamentalmente de búsqueda, experimentación, enamoramiento por el hallazgo y la novedad. Hasta este momento los libros de *Para deletrear el infinito II* han presentado espontáneamente la curiosa dialéctica de *experimentación I consolidación*. En efecto, si los cuatro apartados de *El antiguo relato del principio* pueden caracterizar a su volumen como un *libro experimentación*, *El quintuple balar de mis sentidos*, el texto que viene enseguida, constituye un *libro consolidación*; si los Tres

compartimientos del espíritu (aunque ocupan la segunda parte del volumen *El tercer Ulises* fueron escritos con anterioridad al poema encabezado por este título) forman un *libro experimentación*, *El tercer Ulises* es un *libro consolidación*; si, finalmente, el libro *Por los siglos de los siglos* caería dentro de la clasificación de *libro experimentación*, *La larga marcha* lo haría dentro de la de *libro consolidación*. Creo, sin embargo, que resulta impropio hablar, en régimen absoluto, de libros *experimentación* y *consolidación*, porque me parece que en ciertos textos de *experimentación* se consolidan estilos ensayados previamente y en otros de *consolidación* se inician experimentalmente nuevos rumbos e inquietudes. Un caso de ello es, por ejemplo, *El quintuple balar de mis sentidos*. Se trata, en efecto, de un *libro consolidación*. Con él obtuve el Premio Xavier Villaurrutia de poesía de 1976. El título completo del libro es *El quintuple balar de mis sentidos o El monstruo y otras mariposas*. La primera parte del título (un espléndido endecasílabo de González Martínez que no le gusta a Elena Poniatowska) alude al desamparo sensorial del hombre frente al mundo hostil que lo rodea. La segunda parte, la del monstruo, hace referencia a una bestia feroz que perpetuamente nos acosa y que se halla encarnada en lo imprevisto. El monstruo de lo imprevisto (que también puede materializarse en mariposas) se convierte en el hilo conductor de un poemario fundamentalmente autobiográfico. El hecho de caminar en este libro sobre el terreno firme de procedimientos formales ya experimentados, no le quita el que, por aquí y por allá, aparezcan elementos, giros, imágenes que se aventuran por derroteros novedosos. *Los tres compartimientos del espíritu* se lanzan, en cambio, al alboroto, la sátira, la desenfadada incursión en temas y recursos inhollados. Es un libro que está dividido en tres capítulos: "Del sentimiento", "De la voluntad" y "Del intelecto" en los cuales manejo, de manera muy libre, un material temático poco frecuente en la poesía mexicana. Siento que *Los tres compartimientos del*

espíritu, en que se encuentran algunos de los poemas más ríspidos o más regocijantes que hayan brotado de mi pluma, guarda respecto a su her- mano mayor (*El quintuple balar de mis sentidos*), la misma relación que *El antiguo relato del principio* tiene con su predecesor (*Para deletrear el infinito I*). Estoy tentado a calificar a tres volúmenes (*El antiguo relato del principio*, *Los tres compartimientos del espíritu* y *Por los siglos de los siglos*), como libros de transición. El primero nos llevaría *al Quintuple balar de mis sentidos*, el segundo a *El tercer Ulises* y el tercero a *La larga marcha*. Me resisto, sin embargo, a hacer tal cosa porque en ocasiones el viaje hacia una meta tiene más importancia o implica un "nudo de vivencias" mayor que la propia meta. Y ya que estoy hablando de viajes, me gustaría hacer notar que uno de mis libros preferidos —el poeta también puede mostrar predilecciones por sus hijos y aun por sus engendros— es *El tercer Ulises*. Se trata no de un viaje, sino de la apoteosis del viaje. La translación física y metafísica de un punto a otro. El viaje redondo. El inspirarse en Homero y en Joyce para decir, desde este Tercer Ulises, que existe la posibilidad de un IV, un V o un etc. de Ulises. *Por los siglos de los siglos* es un libro abierto a otros rumbos, a otras preocupaciones. En él encontramos que, con frecuencia, se sustituye la metáfora por la imagen, la poesía lírica por el *prosema* intencionado. Lugar muy significativo ocupa en este tomo el poema intitulado "Gulliver en el país de las metáforas", en el que hay una redefinición del poeta respecto a un procedimiento que, como *la serva padrona*, de elemento que debe hallarse puesto al servicio del poeta se convierte con frecuencia en un recurso absorbente y dictatorial. Esta es la razón de que haya incluido tal poema en esta antología. *La larga marcha* es, quizás, mi poema más ambicioso y sospecho que también el más importante. No estoy, desde luego, seguro de ello. Es un poema que se halla prefigurado en *El tercer Ulises*. Pero si *El tercer Ulises* es una célula, *La larga marcha* es un tejido. *La larga marcha*, si se me permite decirlo de este modo, es la odisea de las

odiseas. Es la odisea que pueden emprender el primero, el segundo, el tercer, el cuarto Ulises. Es la metamorfosis que, como se muestra en "La transmigración de los héroes", lleva a Ulises a transformarse en Fausto, a Fausto en Don Quijote, a Don Quijote en Hércules, a Hércules en Orfeo, a Orfeo en Quetzalcoatl, a Quetzalcoatl en Dante. Es eso y muchas cosas más.

De mis dos últimos libros (uno en prensa y otro en preparación) no voy a hablar. No creo que sea el momento oportuno. No obstante, he escogido algunos de estos textos para incluirlos en la presente antología, textos que forman el breve conjunto de poemas inéditos de ella. Para terminar, quiero hacerme una pregunta a la que no sé a ciencia cierta si estoy en posibilidades de responder. Quiero inquirirme: ¿qué significado posee mi producción en el contexto de la poesía mexicana contemporánea? Me parece que, para dar respuesta a este interrogante, se precisa poner de relieve que la significación o importancia de una obra reside, entre otras cosas, en su *diferencia* con las anteriores. Unas corrientes o generaciones se distinguen de otras: el modernismo del romanticismo, el estridentismo del modernismo, etc. También los poetas de una misma generación o corriente se diferencian entre sí. Pero la diferencia no adquiere relevancia única y exclusivamente por el cambio de terreno o por la llamada originalidad. Nada más falso, me parece, que la convicción de que el *rupturismo*, o la ruptura por la ruptura, es el criterio esencial para hacer una historia de la poesía o el esclarecimiento puntual de quién es quién en la lírica mexicana. La significación o trascendencia de un poeta se basa, sí, en su *diferencia* con los demás; pero en una diferencia que no se finca tan sólo en la vulgar obviedad de "lo no dicho hasta ahora", sino en la novedosa irrupción de una poesía estrictamente personal, de una producción que se revela como el todo orgánico (forma y contenido) prohiado por una personalidad poética diferenciada. Ambiciono encarnar una diferencia de este tipo. El fundamento de esta pretensión se basa en la existencia, en mí, de dos pasiones y el

reflejo de ello en mi producción literaria. Dos pasiones. La de la poesía, por un lado, la de la filosofía, por otro. Bigamia inexorable, sin taxativas y sin sentimientos de culpabilidad. Mi poesía y mi filosofía no van por derroteros separados, como unas paralelas perpetuamente inconexas porque la fatalidad fija su alojamiento entre sus líneas. Mi poesía y mi filosofía se interpenetran. En *Para deletrear el infinito I*, mi programa poético, aparece, y hasta a veces se roba la escena, mi vocación filosófica: hace acto de presencia la filosofía en general y la filosofía política en particular. El puesto del hombre en el cosmos y el puesto del cosmos en el hombre. En la *Revolución articulada*, mi programa filosófico-político irrumpe, con pelos y señales, mi vocación poética: mi gusto y mi necesidad de pensar con imaginación, con fantasía. Amo, pues, la herejía, la búsqueda de lugares inéditos, aunque se tenga que morir en la cruz de una cicuta. Y por ahora no tengo nada más que decir.

CUANDO LA PLUMA TOMA LA PALABRA

Con murmullos de lápiz o alaridos de tinta
al través de estos cantos quisiera
encender tales imágenes
que mereciese cada una todo un libro;
pero nunca olvidar
el cielo ambiente que unifica
el discurso de luz de cada estrella.
Sé bien que el dramaturgo
debe iniciar la lista de sus personajes
con el primer actor, el escenario
que no tiene reposo ni siquiera
durante el intermedio:
nada mejor que comenzar
con un canto a la naturaleza,
a mitad de la cual soy esa aguja
que hallándose extraviada también pierde la cabeza
al darse cuenta
del pajar infinito circundante.
Las primeras estrofas dejarían constancia
de mi irresistible deseo de dar en un átomo
mi primer recital de poesía,
para confesar a continuación
que ya le he puesto letra a la música de los astros
una noche en la árida montaña.
Pero sé que el poema
no puede ser tan sólo un día de campo;
que ha de transfigurarse

en un día de campo de matanza:
pretendo que mis versos
se lancen al safari del pasado biológico del hombre
para armar la **bestiada**,
la monarquía absoluta de la garra,
la epopeya animal
que en hexámetros borda sus rugidos.
Desde un temor cualquiera, voy a alzar la escultura
de la gota agresiva de la avispa
o del rinoceronte
que cuelga de la percha neurótica del cuerno
todo su repertorio de corajes.
Pero también querría
demostrar que en la mente
de alguna de las fieras carniceras,
cuando atiende con insuperable delicadeza a su cría,
aletea no sé qué mariposa. . .
Quisiera hablar si fin de la fidelidad canina,
de aquella que se expresa
sin poseer un gato de mudanza,
y hablaré de los hombres
que no han podido aún sanar de sus gruñidos,
para obtener de ahí la conclusión
de que tendremos Darwin
todavía por mucho
tiempo.
Cronista del sujeto que me empuña,
quisiera en otro canto desnudar
la Historia Verdadera de las Cosas de un Poeta.
Traductor de este Enrique que me guía,
lo quiero transparente,
que nadie se nos pierda en el minúsculo laberinto
de cada una de sus huellas digitales.

Tras de su nacimiento (aquella noche
en que el mar de placenta
lo arrojó hacia las playas del oxígeno
con todo y esa bestia que lo enjaula)
voy a hablar del instante
en que el tronco del báculo,
como botón de muestra de su tiempo,
le empezó a florecer en un puñado
de veredas, caminos, vericuetos.
Aquí pretendo relatar
cómo desde su larga y flaca arcilla
el amor ha levantado
la mayor cosecha de angustia en lo que va del siglo.
Después voy a escribir
del yo que a las espaldas vamos cargando todos
y de su abeja
negación del enjambre.
Quiero exaltar el átomo,
la célula, la soledad de un punto.
Aquel que se acurruca vasta perderse detrás de cada lágrima.
Abrirme a los pronombres personales.
No temo, camaradas, ilustrar
la pequeño-burguesa manera deliciosa
en que siempre hay alguna mujer que,
viéndonos de reojo,
un poco desordena el universo.
Ni dejaré tampoco de cantar
el abrazo que pone entre paréntesis
la soledad derruida de dos cuerpos.
Mostraré los sentidos,
describiré a los hombres
las cinco vías con que el mundo

les demuestra la existencia.
Quiero dar libre curso a esos estados
de ánimo en que la gente
corre a llanto traviesa por sí misma.
Quiero cantar a aquel
que en pleno autodomínio
a su látigo bebe las palabras
y calza un par de brújulas estrictas,
para ahogar en sus brazos la tortuga
que pretenda extender por todo el cuerpo
de Aquiles el talón.
Y hablar también
de aquel que, tras el cráneo, guarda todas
las circunvoluciones de la lógica
y cree que es el cerebro
todo el hilo de Ariadna enmarañado.

Después querría escribir del devenir,
de ese tren que no se hace agua estancada
en ninguna estación.
Pienso hablar del instante en que la mente,
para hacer cosa suya la fluidez,
sintoniza su oído en cualquier viento
o del agua gerundia sigue el rastro.
Sé que el mismo Parménides,
que logró desterrar de su manera
de hablar todos los verbos,
para dar a entender que la razón
estaba con Heráclito
se puso en contra suya.
No ignoro que la luz y que la sombra,
en cierto gris sentido,

no difieren.

Mostraré cómo avanza sus legiones
—con el toque de queda en cada lecho—
la sombra a la conquista de la atmósfera.
También cómo se enferma la penumbra,
hacia la madrugada,
con la fiebre amarilla que epidemia ya todo el horizonte.
Voy a cantar entonces a la tribu,
porque sé que el canario,
cuando arroja la parvada de luciérnagas de su trinó,
sólo pone un granito de música en la especie
de las aves que tienen el mayor número
de voltios emplumados.
Me pondré a gritar la historia
del intento humano
por escupir los rugidos
que nos madrigueran la boca.
Hablar de la odisea necesaria
hasta saber que Itaca está en sí mismo:
carrera de relevos en que todo
siglo le va pasando al que le sigue
por lo menos el fósforo y sus genes
de la futura antorcha exuberante.
Querría dar fe de la jornada de esta tribu
que no tiene otra ruta para ir a su destino
que aquella que atraviesa las aguas insurrectas
del Mar Rojo.

Y he de hablar de los cuatro jinetes que tenían
por residencia el caos.
¿Alcanzarás, tintero,
para expresar completa tal angustia?
Sé que la especie humana

no puede llegar a buen parto:
que habrá mucho dolor
y la sangre ganará las elecciones.
Y aunque algunos, en su pecho, sentirán
el temblor trepidatorio
de su propia cobardía,
sé que en el horizonte nacerá
un sol que se despierta evaporando
las lágrimas del valle.

LA LIBERTAD INDOMITA, LO VERDE

Mientras el lobo muerde su gruñido
y sus dientes afila en la amenaza
para rodear de púas su guarida;

mientras ensaya el ave de rapiña
otro modo de ser de la guadaña,
el desplome imprevisto
del último segundo de la presa,
el paso que la víctima ambulante
tiene que dar, al fin,
a la inmovilidad de su camino;

mientras vibra el fracaso
del silencio a mitad de una melena,
y el corazón de simios y de cabras
se derrama en latidos,
pues los primeros pasos de una fuga
se dan siempre en el pecho;

mientras baja el venado
para beberse el río
—un venado tan joven
que aún no riega el tiempo la semilla
que se esconde en la frente—
mientras deja
que su doble en el agua suba a la superficie
para calmar la sed que sufre de aire,
o paladear un sorbo
de la sed de su hermano;

en tanto que se pierden a los ojos
desbocados relinchos por el valle,
antes de que la rienda, sobre el cuello,
les inscriba millares de caminos;

mientras busca un safari de melómanos
la música de fondo
de una prometedora cacería:
los gritos animales,
como una grabación de los gemidos
con que el dolor orchestra los infiernos;
pequeños clavicordios emplumados;
los aullidos anónimos que tienden
su serpentina acústica en las ramas;

la jungla se alza indómita,
no hay látigo que la haga parque manso,
ni que animal doméstico la vuelva.

Prehistoria del zoológico,
en ella no hay más jaula
que la pata del tigre lastimada,
la fatiga del puma,
el síncope cardíaco de los cisnes.

Tras los previos disparos silenciosos
que hace la puntería, la escopeta
incrusta en la epidermis de su blanco
—del jaguar y el bisonte,
del áspid que en la cola está de fiesta—
relojes detenidos para siempre
o hace de la cojera
(callejón sin salida de la víctima)

la primera prisión, donde se advierte
que está la libertad ya fracturada

El león llena la selva, se prolonga
de la cola al extremo del rugido.
Su medida: kilómetros
de pavor en la jungla.
Mas lo vuelve la pólvora
solamente el cachorro decreciente
de un gruñir que se va desvaneciendo.
Hasta que el león extiende por el campo
una alfombra pisada por la muerte.

SONETO A MI LOCURA

La camisa de fuerza me convierte
en tormenta amainada, furia rota,
turbulencia en remanso y en derrota,
preso de medio cuerpo y media muerte.

Mortaja en que el impulso se revierte
en el arder por dentro, cuando nota
que en esta celda y traje se me acota
el salir de las manos a tenerte.

Marco en que mi demencia es domeñada,
salto desde el gruñido hasta el lenguaje,
de la guerra a la paz crucificada.

Nada puede, no obstante, la cordura:
dentro del manicomonio de este traje
vivo la desnudez de mi locura.

LOS JUEGOS DE LA ATMOSFERA

Hay quien lleva a pasear al jardín, más que a sus ojos u oídos, a su olfato. Sale en persecución de las flores erizadas de perfume y desdeña las que se encuentran calvas de aroma, aunque, en su refulgencia, hayan dejado anémicas ignoro qué paletas de pintor.

Sus amores: aspirar los eucaliptos que se adueñan del ambiente hasta dejar sin claros de fragancia el bosque; retener en el tórax un instante la selva en su conjunto o advertir sobre el ocote, aunque se halle apagado, una perfumareda que se yergue.

De vuelta ya a su casa le encanta que lo salga a recibir la esencia espiritual de la vainilla, que llena de su postre atmosférico los aires; y se queda fascinado cuando puede mordisquear el olor de pan caliente o cuando una gota de perfume se esparce por la alcoba de toda su capacidad de goce.

¿Y sus odios? A su olfato le mortifica el amoniaco y su aroma estridente, las probetas que ensayan inéditos olores, flores que se marchitan con todo y olor, "perfumes" que ponen en las sienes la corona de espinas de la jaqueca y ese olor que es el único fantasma que se levanta siempre del cadáver.

VIDA Y OBRA DEL ESPACIO

No es verdad que el espacio
sirva como lugar en que se citan
oquedades, rendijas, intersticios
celebrando el congreso de la nada.
No es el telón de fondo
donde hay algo que salta y representa
ademanos de ser, gestos de cuerpo.
No es tampoco un vacío donde aflore,
con el solo habitante de la asfixia,
el único rincón en que la historia
no puede respirar.

Hay espacios que nacen, que gatean
con sus tres dimensiones. Espacios que se yerguen,
sumándole agujeros a su hueco,
hasta la edad madura del abismo
—donde está siempre el vértigo asomado
o hasta esbozar un ámbito que abarque
desde tu boca abierta hasta los cráteres
que se abren en la luna.

Hay espacios amantes, cuyo coito
logrado al presentar el pasaporte
que goza de la visa de la entrega
extradita sus límites y acaba
con el crónico mal del que adolecen
las naciones, enfermas de frontera.
Hay espacios ya graves: el derrumbe
que amenaza la mina lo demuestra.
Hay espacios que nacen, viven, crecen:
se reciben de tiempo. Son espacios ancianos,

a un paso ya muy niño de la muerte.
Modelado de historia y de materia,
el espacio requiere de su biógrafo
que arroje las leyendas y lo trate
como hermano de todos en el tiempo,
nativo del gerundio y compatriota
de todo lo que se halla,
si olvidamos la efímera existencia,
a una cuna tan sólo del sepulcro

LAS PIEDRAS INSURRECTAS

Tras la guerra, los sótanos
—lugar adonde acuden
a morir las luciérnagas—
salvaron los peldaños
hasta dar con los techos.
Las ventanas se hicieron a la calle,
realizaron su salto suspendido;
por el balcón entraron los jardines
a sentar sus rosales en la sala.
La bohardilla en el patio vocifera trebejos.
Los muros solicitan nuestros pasos
y por la llave de agua
se escurre nuestra sangre.

URANIA

Arturo Azuela

Hubo un tiempo en que el sol,
el sol, un tiempo
daba vueltas en torno del complejo
de superioridad que poseíamos;
hubo un tiempo en que el sol,
oh Ptolomeo, —allá cuando no había
cuna en que se enmarcara la sospecha
de un Copérnico niño— daba vueltas,
daba vueltas en torno
de un ego colectivo sublimado
hasta ser el altar al mismo tiempo
que el feligrés incienso arrodillado.
Hubo un día en que el sol, el sol un día,
colocaba, obediente,
su tributo de luz a nuestras plantas,
mientras humildemente conducía
su paso translático
por su bien aprendida
lección elemental de geometría.

Mas la ciencia astronómica
—partida de ajedrez en la que tiene,
el que sufre delirio de minucias,
al infinito mismo de enemigo—

pudo lograr al fin la mayoría
de su edad con aquel, con los que fuesen,
que puso su cerebro al centro exacto
del sistema solar.
Se trataba de un sol al que podríamos
designarlo monarca, con un cetro
de leyes naturales en la mano,
aunque la gravedad, siempre incolora,
fuera eminencia gris tras de su trono.
Lugar en que las normas de la física
tendieron su cordel, el esqueleto
del compás con el cual se hacen los cielos,
trazando el derrotero de los astros,
la ruta curvilínea en la que encarna
el viaje de ida y vuelta a cada tramo,
el sitio en que el espacio, Discóbolo invisible,
perpetuamente arroja
su bumerang de puntos.

Mas Kepler, Galileo, Ticko Brahe
—tres ilustres ladrones
de secretos celestes, de la misma
pandilla de los einsteins o aristarcosocultos
por el manto de la noche,
y apuntando el cañón del telescopio,
al tiempo que saqueaban
de asombrosos enigmas al espacio,
le brindaron al sol y sus planetas
una rutina cósmica —que lleva
su propia eternidad bajo del brazo—
en que los siglos son tan sólo instantes,
relámpagos de tiempo.

Pero Laplace, el Darwin de los astros,
el hondero que arroja
un puñado de tiempo a las estrellas,
mostró que no era el sol contemporáneo
de la perpetuidad, sino que había
tenido que nacer y ver la luz
mirándose a sí mismo.

A partir de ese instante
podemos hoy seguir la biografía
del sol desde pequeño (una luciérnaga
que chillaba de luz)
y buscaba el pezón a la Vía Láctea
y apretaba en sí mismo la energía
para hacer la materia del primer
paso de su existencia,
hasta que en el futuro
sea tan sólo un astro fatigado
concitando al espacio rayos fríos,
rayos abominables de la nieve,
un sol agonizante y a la espera
de que la manecilla del reloj
se detenga en el caos,
y en la galaxia flote
su sistema tan sólo de recuerdos
en la mente de un dios inexistente.

SEÑORA LAGARTIJA DINOSAURA

Señora lagartija dinosauria:

¿no quiere que entre usted y yo formemos un poema?

Informe dragonzuelo,

ápice de pretérito en la palma de mi mano,

venga acá,

acomódese en esta estrofa,

mézase en el columpio consonante que va de verso a verso

Señora lagartija:

regáleme una gota de su sangre

para cargar mi pluma

de toda la prehistoria.

Que se nos venga encima

el alud armonioso de la rima.

Guardemos la respiración cada vez que pase un dinosaurio.

Hablemos de las nubes compungidas,

antes de que en el Arca de Noé

lograra mi **bestiada** salvarse.

Lagartijaura amiga:

vayamos hacia atrás, como el cangrejo

que camina en pretérito perfecto.

Describamos un mundo

antes de sus testigos,

solitario,

y a la mitad del cual se halle el volcán activo

por donde a borbotones salte,

se desparrame

mi poesía.

PREMAMUTARIO

Para Carlos Illescas

En el tiempo primario,
antes de que, trinando, ese llamario
convirtiera la rama en ramarada;
antes de que en su lomo el jorobario
cargara agua estancada
para esperar la sed que se renueva
de cuando en vez en medio de la cueva;

antes de que transforme
el hombre a ese murciélago inocente
(al temor yugular que ante él se siente)
en el sangriero enorme,
enorme y repelente,
que gusta continuar con dos hilillos
rojos la brevedad de sus colmillos;

antes de que la hurtaca, que conspira
por hacerse de vidrios, de carretes,
cáscaras de limones, rehiletos
en que el color, mareado, se retira,
transformara su nido en nido fuerte,
donde está toda suerte
de cosas que convierten en más rico
este pájaro que otros por un pico;
antes de que la mano, con su caña,
realizara la hazaña
de pescar los más grandes tiburones,
y a cuchillo, con saña,
haciéndolos jirones,

al agua los tirara nuevamente
formando en cada trozo una piraña,
brizna de tiburón que hinca su diente
en la miedosa carne de la gente.

Antes de que en el campo y en el monte,
si vamos desde atrás hacia adelante,
se hallara el vastodonte,
la fuente primordial de esos raudales
de genes colosales,
padre del elefante
que irá, en la evolución de los trompales
—emefante, enefante y esefante—,
sin dejar de ser nunca el grandefante,
haciendo, a la pisada con que yerra,
que retiemble en sus centros nuestra tierra.

Antes de que luzigres de Bengala
sirvieran de pacíficos tapetes
a mitad de la sala
y la pared realce
la percha para asombros del cuernalce.

Antes de que nacieran asconetes,
floriposas, chispiérnagas, muerderros,
que plagaran los campos y los cerros
de Indonesia, de México o de Italia
de toda la animalia
que supo imaginar naturaleza
y arrojarla a los bosques, la llanura,
las estepas perdidas, la maleza
en que gruñe lo verde en la espesura,
la gota, en fin, la gota de agua pura.

Sólo cosas había en los umbrales
del mundo. La materia
sufrió en aquel tiempo una miseria
completa de animales.
La bestia hoy enjaulada
en el parque zoológico,
tenía, de abuelárbol genealógico,
el roble de la nada,
brillante no de flores sino ausencia.
Si se hubiera instalado
(como punto final de la presencia
del mundo inanimado)
de "la blonda avecilla" el cuerpo alado
(la abeja en los panales de Ronsard)
en medio de las cosas, en la desobediencia
de la ley natural,
cundiera en todas partes el escándalo,
la infracción promovida por el vándalo
que hubiera, con su caos, invadido
el imperio romano dominante,
y cundiera al instante,
la sorpresa, el sinsentido,
si en las cosas la mente hubiera sido.

Sólo cosas había. Sólo cosas.
Sólo cosas lucía ese momento.
Tierrañas que se erguían impetuosas
tratando de llegar al nubamento;
¡Ligones que introvierten como cuitas
su milagro de perlas exquisitas;
bellísimos tierrajes
que cambian de estaciones y de trajes

como el que con su prisa
se monda fácilmente la camisa;
blancatraces de luengas, amarillas,
ancestrales historias tan sencillas
como aquella que cuenta la conseja,
de que, si se le deja,
esta flor que se excita y que se turba
en su dorado rayo se masturba.
Aquí no hay quien cerebre lo que ocurre,
no hay abiertos mirárpados al cielo
o al pequeño friachuelo
que discurre
sus inéditas aguas en el suelo.
Aquí no hay ojos, manos, ni noticias
de futuras tacticias
que dejarán la piel embelesada.
Aquí no está a dos pies encaramada
la pregunta por todo,
la inquisición consciente por el lodo,
la esbella titilante,
laguna vez el agua vacilante.

Aquí no hay quien cerebre el universo
Ni siquiera ha nacido el primer verso.

LA MEDUSA

Era tan bella
como el mejor de los pensamientos
de la mano derecha de Fidias,
como el crepúsculo distraído
que tarda mucho tiempo en retirarse,
como la canción de cuna
que se cantaba a sí mismo el niño Mozart.
Como un ángel que batiera las alas en lo superlativo.
Como un geranio, en fin, olvidado por el tiempo.
Innumerables amantes la pretendían.
Cada uno con su almohada bajo el brazo,
ungido todo el cuerpo con los óleos del deseo,
estaba, frente a ella,
con el tacto de rodillas
y las yemas de los dedos desorbitadas.

Engreída por tantos homenajes,
por una colección tan completa de rodillas en el polvo,
se atrevió a desafiar con su belleza a la diosa.
Entonces la vanidad la arrojó,
solitaria,
a la isla de Lesbos.
Sola, se encontraba
más turbada por sí que por lo ajeno.
Hizo de un gran espejo su dama de compañía.
Engreída, llena de perlas falsas el cerebro.
La diosa, indignada,
transformó en serpientes sus cabellos.

Al principio los convirtió en minúsculas culebras,
al principio la Gorgona se peinaba

sólo las circunvoluciones del cerebro.
Pero después surgieron rizados de reptiles,
y entre ellos el áspid que cobra
más número de víctimas;
víboras que, tras de soltar su veneno,
hacían sonar los cascabeles del júbilo en el cráneo.

Reptaban del cerebro pensamientos
—calculadores, de sangre fría—
que terminaban en punta y en ponzoña,
en lanza y en lanceta.
La Medusa vivía con el veneno ensortijado.

Desfiguró la diosa sus facciones,
su rostro fue deformándose
como una azucena gangrenada
o un ángel sifilítico.

Bastaba su presencia para causar la muerte,
para que nuestras uñas se volvieran negras
y el luto comenzara
en el mismo cadáver.

ANGUSTIA Y OTRAS ROPAS INTERIORES

A Germán Castillo

Relojes que se eclipsan mutuamente
hoy martes a las nueve de la noche
tengo dos citas mezcladas
confundidas
una es amorosa
nos veremos a un cuarto para el goce
dejaremos al desnudarnos
nuestra melancolía encima de la silla
le daremos rienda suelta
a nuestras más excitadas huellas dactilares
haré que mi deseo
tome cursos intensivos en tu pierna

otra cita es política
en ella ayudaré a prender la mecha
que termina en la palabra caos
haré los estatutos de mi cólera
propondré a mis camaradas
que expulsemos por fin al que no se halle
al corriente en sus cuotas
de furor amoroso
haré que mis hombros soporten
el peso
de mi granito de arena
Suenan las ocho y media
la caja de Pandora
muestra su contenido de campanas
siento que poco a poco
se me vuelven las sienes

los relojes en conflicto
estoy desorientado pinche Enrique
¿dónde está mi conciencia
en qué hormiguero se hace ojo de hormiga?

¿acudiré puntual hasta la yema
de todas las audacias que me pides?
¿frente a tu piel se harán agua mis poros?
¿y mi remordimiento
se hallará en esa silla
al lado de botones derrotados
al lado de las medias el corpiño
y el rubor arrugado?.

¿o iré hacia mi trinchera
a cultivar mi huerto de granadas
de lirios y pasiones?
¿mi granito de pólvora
hallará su lugar en el proyecto
de no dejar
recuerdo de una piedra
sobre recuerdo de una piedra?

NOVENO TRABAJO DE HERCULES

Da en los Establos de Augias pesadumbre
ver que la podredumbre
se adueña del poder y la basura hace su dictadura.
Mirar que la inmundicia maloliente
es la eminencia negra del ambiente.
En medio de esta cloaca
donde, el bajel del asco siempre atraca,
y en que inclusive el polvo es la figura
que sume la limpieza perseguida,
hasta emerge de la ubre de la vaca
la leche atardecida.
Impenetrable casi a la blancura,
dejando sin palabras a la aurora,
la leche es el rincón de donde aflora
la nata que se vuelve la clausura
o la tapa de un bote de basura.
El establo era entonces un castillo
en paredes de estiércol levantado,
donde toro, novillo,
vaca, en fin, todo el ganado
no podía formar la crema, el queso,
sin patas de alacrán, ojos de sapo,
y la leche salía, sucio harapo,
por el abierto grifo de un absceso.
Nadie entonces lo duda.
Hay que buscar a Heracles y su ayuda.
Mostrarle que es urgente
desfacer este entuerto,
aunque en la empresa quede herido o muerto;
pero erguida y triunfal la heroica frente
en que el amor fraterno

embadurne los óleos de lo eterno.

Escribirle a sus músculos y astucia,
al tábano marxista que lo acucia,
a la táctica egregia
en que encarna por pasos su estrategia,
en fin, a su locura
que me cura, te cura y que lo cura.

Escuchen: que les hablo
de un momento crucial en la existencia
de Hércules: llevar hasta el Establo
de Augias la efervescencia
y el acuático estruendo
de un cauce en que lo pulcro va corriendo.

Arrojado, valiente,
estrechó entre sus brazos la corriente
del Alfeo, serpiente
vencida, como ayer una tras una
derrotó a dos serpientes en su cuna.
Con astucia, vigor y alevosía,
el héroe aventajó, como si fuera
una serpiente más, en sangre fría
a la acuática fiera.

Tomó el jabón las riendas. Y las gotas
se sintieron entonces a sus anchas
esfumando las costras y las manchas.
En medio de la espuma había flotas
de boñiga, bogando con el lodo,
en el mar proceloso y cantarino,
tan puro y cristalino

que lágrimas de Ariel lo forman todo.

Hércules no ignoraba que el trabajo de convertirse en épico estropajo era, entre sus faenas, la más dura, creadora de dolor y desventura. Pero "manos a la obra", "ojos al sueño" lanzó todo su empeño en limpiar el establo, el mundo infecto desde el lodo y la miasma hasta el insecto.

Hércules descansó. Miró un ganado, ganado a la limpieza, que, porfiado, se dejabas ordeñar, hora tras hora, el chorro inagotable de la aurora.

EL QUINTUPLE BALAR DE
MIS SENTIDOS
(1976)

ACECHA, MERODEA, DA ZARPAZOS

Acecha, merodea, da zarpazos
que en mi cara le enmiendan a mis padres
la plana, transformando mis facciones
en letras del vocablo con que aúlla
el rictus doloroso en el semblante.
Propulsa hacia mi entraña los microbios
que cargan en sus hombros invisibles
mis dolencias. Me veja
con ropaje de heridas y botones
de pus y tras dejar condecorado
con úlceras mi pecho se retira
a las diez antesalas de sus uñas.
Otras veces alondra hacia mi rostro
su estructura de plumas y me traza
la geometría efímera, de seda,
de una caricia leve (con un tacto
de angora producido por la buena
lección del terciopelo)
como el que, apasionado, acerca el cutis
a una bella mujer electrizada.

Me toca, y al tocarme, se le vuelven
las huellas digitales mariposas
(pensamientos de Góngora en el aire)
donde se identifican, aleteando,
nuestros estados de ánimo perfectos.

Y aquí estoy, pluma mía,

la pregunta azul negra sobre la hoja:
¿por qué existe esta bestia,
este tubo colmado de cicuta
del áspid que me agrede
cuando pisan mis pies su militancia
reservada en el césped y las rocas?
¿Por qué hace de sus fauces ratonera
a la que va veloz, mínima, oscura,
mi confianza? ¿Por qué se hace libélula
(el colibrí en su fórmula algebraica)
que sin descanso busca el mismo poro
de miel en el espacio?

Dos mundos hay. El uno
se halla a tiro del ojo, está a la mano,
ocurre frente a mí, no carga pliegues
que esconditen asombros y sorpresas,
es un mundo confiable
que dialoga sin fin con mis sentidos.

Pero en el más allá de lo que veo,
hay algo que discurre a mis espaldas
ante el ciego testigo de mi nuca;
es campo que extranjeran los kilómetros,
es otra dimensión que se guarece
en el atrás de todo,
en el mundo intangible, desollado,
que se escapa al asedio sensitivo
y a la conversación con mi epidermis.

En fin: a mil latidos
de miedo a la redonda.
Tras el mundo primero, cunde este otro
fantasmal, que desliza por mi tacto

no la mujer ausente, sino el cuerpo
finísimo de sólo su recuerdo;
si el primero es pequeño, acurrucable
en un diminutivo,
si mide de tamaño dos pupilas,
si cabe en el aquí y en el ahora,
si detecta en el vientre del cronómetro
la toma del poder por el presente,
el otro es infinito, inalcanzable,
se mueve a la distancia, se le avista,
a un disparo del sueño,
en cavernas, islotes, continentes,
en el rompecabezas sin orillas
donde tan sólo falta de amoldarse
la pieza irregular de mi cerebro.
Incomodarme no. Puedo sentirme,
en el visible medio circundante,
feliz o desgraciado, cuando alguno
de mis cinco sentidos se me pone
a gritar, a salirse por alguna
puerta de sus casillas.
Puedo entonces reír, hacer que salten
en mi cuerpo de gozo las entrañas,
vertiendo de un morral todas las bromas
que electrizan los órganos internos.
O darle tinta suelta a mis impulsos
de tenderle a lo eterno alguna trampa,
aunque en mi cacería sólo cobre
como presa un reloj,
una llaga de tiempo.
Pero no incomodarme. No la angustia.
No sentir que mis plantas prensan
sólo el puñado gerundio de un retazo

de tierra semoviente que se forma
mezclando su sustancia con la nube
que tiene sus raíces hechas de aire,
y sentir poco a poco en el mareo
que se me va subiendo a la cabeza
el embriagado polvo oscilatorio
que se extiende a mis pies y que termina
por forjarme un cerebro movedizo.

Si tengo frente a frente otra persona,
si registro que hay sucias
miradas en un ojo, si percibo
que una muchacha agita (como un ave
que busca otros espacios)
las alas de su libro de poemas,
puedo estar fastidiado o iracundo,
puedo hallarme tranquilo,
sudar la más delgada de las gotas,
tener un palomar de donde partan
las mentadas de madre mensajeras
de todo lo que pienso.
Incomodarme no. No incomodarme.
No me embarga la angustia.
No me embarga la angustia ante este mundo
visible e inmediato.

En medio de tal tráfico de cosas,
sucesos y aun sorpresas (que me llevan
a cargar en el pecho la medalla
de una interrogación, no un crucifijo),
sé lo que debo hacer, finco mis plantas,

tras de espantar las moscas de la duda,
por si las dudas piensan confundirme,
en eso tierra firme
de la que se retira la marea
de todo lo inestable
de todo lo inestable en que se puede,
con la curva emoción de los anzuelos,
y con la carne ausente de carnada,
pescar el estar hecho un mar de lágrimas.
Todo lo que se muestre frente a mí,
aunque resulte extraño, sorpresivo,
poniéndome en el pecho los latidos de punta,
se me da llanamente
como algo verdadero y consumado:
aquel hombre que muere ante mis ojos
porque su último instante de existencia
le estalla finalmente a quemarropa,
aparece tan sólo como un dato
al sudeste tal vez de mi pupila.
No puedo desechar —y lo recuerdan
mis pulmones más bien que mi cerebro—
la cuota decreciente de estertores
con que compró la nada, ni, en su rostro,
aquella palidez que era una hoja
en blanco en que volcaba
el triunfo de la tierra su prefacio
o en la que hincó sus fauces
el borrador final y sus minúsculos
surtidores de amnesia.
Pero no me produce la zozobra
que se incubaba cuando algo se genera
a mi espalda, cuando algo se sitúa
en el punto trasero de mis ojos,

cuando a control remoto
se maneja mi angustia
desde el mundo invisible, desde el vientre
o la entraña del monstruo, de la bestia.
Lo he dicho: de la bestia.
Y aquí está mi pregunta, pluma mía,
pregunta en que mis glóbulos de tinta
inquiieren por la fiera.
Hay quien piensa que el monstruo es el destino
(ese ciego que avanza por el valle
cargando en las dos manos dos granadas;
la primera; una fruta,
un panal de rojísimas abejas,
la segunda, si estalla; un cementerio).
Hay quien piensa que el monstruo es la Divina
Providencia que gruñe,
que amenaza,
y sacude a zarpazos nuestros árboles
hasta dar en el suelo los racimos
de las gotas de sangre,
o que nos da la caja (que recubre
el papel celofán de lo imprevisto)
en que viene escondida, de regalo,
nuestra felicidad por un momento,
o que nos vuelca en fin una esperanza
(verde en su realidad)
de caricias que cubren nuestros dedos de innúmeras sonrisas
invisibles.
Pero no es el destino. Ni tampoco
podemos ver en él la Providencia.
Al quemarse su cuerpo no se exaltan,
hallando el combustible
que proyecta las cúpulas a lo alto,

humaredas de incienso.
No es la fatalidad que se descubre
siempre con un "ni modo" a flor de labio.
No es la fatalidad.
 Es sólo el monstruo.
Son tan sólo también las mariposas.

Nada de lo que toco, miro, huelo
me desespera o llena de zozobra
hasta hacer que mis pies calcen un verbo
conjugado en presente transitorio,
y sean compatriotas del efesio,
de aquel que no podía en el principio
de identidad bañarse por dos veces.
El monstruo merodea, da zarpazos
en torno de mi casa, de mi cuerpo,
de mi vida privada, se tutea
ya con mi soledad. Se halla en mi sala.
Se encuentra en los cajones del ropero.
En mi mesa de noche.
Es mi monstruo también de cabecera.

EL TERCER ULISES
O EN CIERTO GRIS SENTIDO
Y OTROS POEMAS
(1982)

EL HEREJE

Homenaje a W. Reich

En un tiempo fui parte
de la fracción erótica
del Partido Comunista.
Era un partido dentro del partido
como un ciego que se esconde en una gruta,
un águila en el águila del viento
o unos labios cerrados en mitad del camposanto.

Todos mis documentos,
clandestinos,
disfrazados de puertas clausuradas,
concluían:
"¡Proletarios y proletarias de todos los países, uníos!",
y denunciaban las razones neuróticas
por las que a veces
la hoz no se acostaba con el martillo
o gusanos generados en el lecho
devoraban la manzana de los puños.

Mis principios:
que las bocas dispersas
(que hacen una antecámara
de besos suspensivos) cierren filas,
trituren el espacio mojigato.

Que al avanzar la piel, levante vuelo
la parvada de corpiños temerosos;
que nadie note, no,
la militancia reservada
de tus malas intenciones;
que sea tu estrategia conquistar,
en medio de las sábanas,
el frente unido,
tu táctica formar en la epidermis
una asamblea de poros excitados,
un mitin en que el sexo se levante
y tome la palabra.

Se reparó en mis actos fraccionales,
en mi pasarme los días amueblando
catacumbas.
Se me buscó de arriba
(como si preguntara alguna cúpula
por uno de sus sótanos)
para contarme cómo Giordano Bruno
—la verdad convertida en laberinto—
terminó por ser pasto
de un hambriento rebaño luminoso.

Tras una fatigosa discusión,
se insistió en que debía retractarme
y que en el árbol de la noche triste de mi arrepentimiento
se ahorcaran mis palabras.
Sin esperar al Congreso
se decretó la expulsión de la libido...
Y yo,
sin mi carnet,
como si se dijera

que se le sale a uno de la bolsa
la identidad, salí a buscar un buitre enamorado
de mis entrañas.

II

También fui yo colega
de ese tipo de médicos que tienen
a neuróticos espermatozoides
por pacientes.
Los ilustres doctores
(barbas, lentes, sentados
en el muelle sillón de la ortodoxia)
hablaron de espionaje, murmuraron
que no era mi monóculo otra cosa
que un ojo en su corsé de cerradura,
denunciaron mis escritos
como, por lo menos,
el relincho del caballo de Troya
o un puñal que flirtea con la espalda.

Yo hablaba
de que el enemigo principal
era el sexo reprimido,
tapiado en su bragueta moralista;
le hablé directamente a los testículos;
invité a discutir a los ovarios.
La solución (decía,
sembrando el descontento en mis colegas)
no se halla en el sofá sino en la cama.
Es una estupidez (grité furioso)
permitir que tu sexo
doblegue la cerviz en la impotencia

o que haya en este siglo todavía
virginidad de orgasmos.

Algo especial:

hurtarle los secretos a la cama,
dominar el amor desde el inicio
hasta el final feliz;
no sólo el arma de la crítica debe convertirse
en la crítica de las armas,
sino el principio del placer
en el placer del principio.

Todo debe empezar con algún beso
que al haber estallado a quemarropa
derrita la camisa y el corpiño
o que deje en los pies que se haga un charco de pantalones.

También se decidió pedirme cuentas.
Se me exigió asimismo desdecirme
y desandar cada uno de mis libros.
Con la espada flamígera del dogma,
desollando la piel de cualquier duda,
se me mostró el camino hacia la puerta.
Sin perder los ideales, sin perderlos,
me sentí como Adán
cuando, expulsado, no pudo retener del paraíso
sino tan sólo el cuerpo
de su amada.

EL REGRESO

Cuando el primer punto de una línea
se sabe cortejado por el último
nace la posibilidad de un círculo.
Cuando una víbora da en morderse la cola
se envenenan los límites.
La circunferencia abre los labios
para que podamos deletrear el infinito
y pasar lista a los segundos,
es la única pupila que tenemos
para ver el más allá de la miopía.
Cuando Itaca es el principio y el final de una odisea,
Ulises llega con el mareo de su viaje redondo
y al frente de un largo tren de carga:
furgones y furgones de experiencia.

El umbral de mi aposento
reparte por igual llegadas y salidas:
talones que corren a su punta
y puntas que devoran sus talones.
Estoy en mi recámara.
Con mis libros y discos. Con mi techo.
Con todos mis cajones rebosantes
de epístolas, pañuelos y crepúsculos.
Llego a mi cama, a mi ropa de noche,
a la calefacción central
de mis pantunflas.

Doy con mi identidad. Me quedo viendo

la huella dactilar de cada yema
durante largo rato.
Pueden mis dedos paladear la bolsa
de mi traje y hallar una tarjeta
con mi nombre y apellido.
Vuelvo a mi isla, mi cuerpo, mi recámara.
Soy Alonso Quijano que abandona
los campos de Montiel de su odisea.
En ocasiones salta hacia la atmósfera
una parte del fondo del océano
buscando respirar, trocarse en isla;
y aquí me encuentro yo, como el pirata
que, después del peligro de naufragio,
se da en besar el oro de la arena,
la riqueza del cobre
(pleno de tierra firme) de un islote.
Y aquí me encuentro yo,
que amarré mis oídos casquivanos
en el palo mayor de la templanza,
cuando estalló una voz, entre los mares,
que hablaba de placeres sin respiro,
de vinos tan añejos
como el comienzo mismo de este mundo,
de viandas increíbles
como para chuparse las huellas digitales,
de un lecho, en fin, que fuese el escenario
de la mejor sonata de epidermis
que arrojaran mis dedos en la carne,
preparando, en crescendo,
el acorde perfecto del orgasmo.

Y aquí me encuentro yo,

que me escapé de Circe
por la puerta trasera de la audacia.
Que si bien al principio
le destruí la punta a mis palabras
hasta hacerlas gruñidos,
voces despellejadas de sus letras,
después di con mi boca,
con el sabor humano de la frase;
organicé redadas de gerundios,
asalté a complementos distraídos,
hostigué a los pronombres
y le enseñé a mi mano
a pescar una sílaba
de esas que a veces cruzan por el aire
su mosca de saliva.
Y aquí me encuentro yo
habiendo combatido a Polifemo,
habiendo ahogado su ojo entre mis brazos,
habiendo hallado en fin
la estaca de rapiña
que le abrió las compuertas a los cuervos
que tienen el dolor por alimento.

Cargo, pues, un pasado de combate.
Vivo una convicción (idea fija en armas)
que convierte a mi puño en catapulta,
que me lleva a buscar aquellas piedras
que miden el tamaño de una muerte.

Penélope regresa al mismo tiempo
que yo a nuestro palacio de caricias,

como si nuestras brújulas, relojes
y voluntades fuesen concertadas
por el punto amoroso de la cita.

He recorrido mundo.
He realizado un viaje por mi cuerpo.
Un viaje de ida y vuelta por todas mis provincias.
Conozco ya el paisaje del estómago
a las seis de la tarde, sé de pláticas íntimas
(saboreando mi lengua) con mí mismo,
y también cómo se abre en mi inconsciente
las venas un recuerdo.

Vuelvo a lo cotidiano, a lo monótono,
a ver cómo se quema en una llama siempre el mismo se
gundo.

Soy presa de las amas y sobrinas
de la normalidad, tengo el cerebro
lúcido, sedentario.
Si en cierto gris sentido
sabemos que lo blanco y que lo negro
(que a dentelladas luchan) no difieren,
los zapatos dan pie para encontrarle
Su síntesis al viaje y al reposo.
Hoy por hoy mis zapatos
no son sino la forma
que asume mi fatiga.

No siento que en el ojo se me meta

el nostálgico polvo levantado
al cruzar nuevamente los caminos
de la imaginación. No me entusiasma
partir, a todo pie, tras los talones
de otro afán de aventura.
Mas sé que en mi librero,
en cualquier anaquel de mi inconsciente,
hay multitud de libros sobre viajes
(una gran colección de tentaciones)
libros que al traducirme
el canto de sirena de mi báculo
(vehículo esencial de la Odisea)
hará que un cuarto Ulises
sustituya al tercero,
y así hasta el infinito.
Porque yo, mis amigos, seré siempre
Don Quijote del mar, marino andante.

CONFIDENCIAS DE UN ÁRBOL

Cansado de que el viento me sacudiera con iracundia
de que se enseñoreara sobre mí

 decidí una madrugada
soltar deliberadamente una de mis hojas.

 Llevé todas mis energías

 mi coraje

 mi savia

 hacia el ramaje.

Y me deshice de una hoja verde y puntiaguda.

En realidad acabé por sacudírmela
 después de un gran esfuerzo.

Nadie fue testigo de la proeza.

El viento atravesaba entre mis ramas en ese mismo instante
y como desprendió varias de mis hojas

nadie podría haber imaginado

 en el caso de haberlo visto

que una de ellas

 entre las doce que perdí ese día

encarnaba

muy verde aún

la forma primera de mi libre arbitrio.

Decidí descansar, reponer mi fuerza

 tener frías, muy frías las sienes

meditar mi hazaña:

me sentí frente a los otros árboles
como el ángel que aletea orgullosamente
su diferencia con los hombres.

Pero al paso del tiempo
sentí la necesidad de obsequiarle a la botánica
con una nueva toma de decisión
otra avería.

Fue ya en la primavera.

Mis ramas se doblegaban de tan llenas de flores.

Mas advertí que entre una flor y otra en una de mis ramas
había una distancia grande
un sitio desaprovechado.

Y me puse a pujar y pujar
hasta que de repente me brotó
una pequeña flor
más pura
blanca
y tierna
que las otras.

Mi felicidad fue mayúscula
y se llenó de gozo el corazón
si se puede hablar de corazón
en un ser que nunca se ha excitado
ni con las caricias eróticas del viento.

No soy

me dije

un árbol al que le **acaecen** flores

sino que **decide** flores.

Los pasos siguientes fueron más sencillos.

Que se me ocurría crecer por ejemplo.
Me concentraba.
Pensaba en las nubes
y conquistaba uno o dos centímetros.

En la noche cuando no había ningún curioso
creaba frutos
los destruía
me los pasaba de una rama a otra.
Y hasta descubrí la manera
de hincarles el diente.

Llegó el momento
en que todo o casi todo
era producto de mi libertad
de mi opción
o de mi juego.

Soy un árbol que ha creado
su tronco
su ramaje
su clorofila
sus nidos
sus aves
sus gorjeos
y su sombra.

Pero nadie lo advierte porque
si decido crecer
se piensa
que la germinación me obliga a ello.
Si opto por florecer
por repujar mis ramas de pequeñísimos milagros
que la botánica es la responsable.

Aún más.

Creo que cuando tome mi principal decisión
no dejaré de haber un leñador a mi vera
que hacha en mano
haga pensar a todos
que fui vulgarmente derribado
y no que
hambriento de rumbos
concentré mis fuerzas
apreté los músculos
y di
mi primer paso.

RECADO

Si preguntan por mis señas,
dícales, Rosa,
que vivo ahora en los ojos del gato.
Si se sorprenden,
si abren una interrogación con sus párpados,
dícales que ya me acostumbré,
que las incomodidades sólo vienen
a la hora de dormirme.
Si insisten
dícales que hasta voy a casarme
a pasar mi luna de miel
y tener mis hijos
mis libros
mis perros
y mis gatos
en los ojos del gato.

EN EL MERCADO

Entre el puesto de dulces
y el de verduras
se coloca el vendedor
de palabras.

Después de ordenar la mesa de sus productos
tender el toldo contra el sol
y acercarse la silla
se pone a pregonar:

¡Pase a comprar su palabra preferida!
¡Palabras narcotizantes para combatir
el dolor de muelas!
¡Palabras para la nostalgia crónica!
¡Palabras para escudarse de la agresión
de otras palabras!

Si un cliente se interesa por la mercancía
el vendedor aprehende con unas pinzas
la palabra seleccionada
la desempolva
la envuelve
y la entrega al comprador
acompañada de unas instrucciones
para su uso.

Hay vocablos en efecto
que deben ser dichos poco a poco
como deletreando la fuga
de la emoción saboreada.

Otros deben salir de golpe a la intemperie
con su breve bufanda de saliva al cuello.

Cuando termina el día
el mercader levanta su negocio.
Se echa su morral de vocablos a la espalda
y parte en busca de otros pueblos.
Por las noticias que nos han llegado
se puede asegurar
que este vendedor
en unos pocos meses ha ido destruyendo
punto por punto
población tras población
grandes comarcas de silencio.

DISCURSO DE JOSE REVUELTAS A LOS PERROS EN EL PARQUE HUNDIDO

Compañeros canes:

Aprovecho esta concentración
para tomar por asalto la palabra
y decirles mi desdén, mi resistencia, mi furia
por la vida de perros
a que se les ha sometido
y que ustedes aceptan
sumisamente
con una larga, peluda y roñosa cobardía entre las patas
(animación en el parque)

Camaradas perros callejeros:

¿Van a continuar luchando unos con otros?

¿Van a rodear el hueso
el pobre hueso conquistado
con la cerca de púas
del gruñido?

¿Y lanzarse a dentelladas
**contra el que también vive las manos
del hambre**

cerrándose en su cuello?

Ah mis pinches

mis bonitos perros:

¿qué pasó con la táctica?

¿dónde sus olfateos de dialéctica?

Cada uno de ustedes ha acabado por ser el ámbito
en que sólo las pulgas están organizadas
autogestivamente.

Algunos
(ya los conozco)
pretenden luchar
para que el número de Sociedades Protectoras de Animales
aumente al mismo ritmo
del crecimiento demográfico
de los perros.

Canallas.

Otros
por el mejor trabajo
de los veterinarios.

Sinvergüenzas.

Unos más
porque las vacunas antirrábicas
se repartan a pasto.

Farsantes

(murmullos de aprobación).

Camaradas perros:

Ustedes lo saben mejor que yo.

Lo espío ya en sus ojos:

hay que hacer a un lado la perrera egoísta
o el árbol por la individuación humedecido.

Desenterrar el hueso colectivo del atreverse.

Darle existencia histórica a las fauces

y soltar las tarascadas

en el número preciso requerido

para el triunfo.

Yo lo he soñado así.

En mi puño mi fuero interno mis lágrimas clandestinas

yo he pensado que llegará un día

camaradas

en que por fin no sea

el perro hombre del perro
(ladridos entusiastas).

Mas quiero algo decirles.
En esta lucha.
En este joderse.
En esta pasión
no vaya a ser que otros les coman el mandado.

No vaya a ser que los perros guardianes.
No vaya a ser que los perros de presa
o los perros policía.
No vaya a ser que los canes cultivados
los que cuelgan su rosal de ladridos
en medio de los jardines.
No vaya a ser que los advenedizos
los que sólo hasta ahora merodean
a sus propias mandíbulas y dientes.
No vaya a ser.
No vaya a ser que aquéllos
cuando ustedes destruyan este mundo
se erijan en los nuevos mandarines
chorreantes de colmillos
y que ustedes se queden
sufriendo nuevamente
su existencia de perros
(aullidos exaltados).

José guardó silencio.
Bajó del montículo que le servía de estrado.
Y una insinuante perra que atravesó la calle
le dio en la madre al mitin
a la pálida flor de la justicia

a la solemnidad del crepúsculo
y a la conciencia de clase
que fugaz
se había encendido
en esta efímera concentración
de perros callejeros.

INVITACION

Con la caña en las manos, la carnada
de la paciencia puesta entre las sienes,
pesco dentro de mí, pesco en el lago
de mi vida interior, mi ser de niño.
Lo saco lentamente. Lo contemplo
roto, enlamado, viejo.
Le doy respiración artificial.
Lucho por conquistarlo,
le pregunto a las fosas nasales de su pulso.
Se anima poco a poco. Poco a poco.
Lo acorralo en sus sílabas primeras.
Entiendo su dolor. Oigo su grito.
Hojeo lentamente sus sonrisas.
Me aprendo de memoria la secuencia
de sus respiraciones.

Hoy hay fiesta en mi pecho.
Se invita a los adultos
que gustan del deporte de la pesca.

INVITACION

GULLIVER EN EL PAIS DE LAS METAFORAS

Gulliver abandonó su barco.
A nado se llegó a la costa.
Y después de un buen tiempo,
dejó el mar a sus espaldas.
Se puso a descansar.
Y lentamente cayó en cuenta de su entorno:
el País de las Metáforas.
Era de noche.
Y logró avistar
el cielo ambiente que unificaba
el discurso de luz de cada estrella.
Telescopió sus ojos y advirtió
que entre tantas galaxias
poco a poco se iba quedando en miedo
de lo ignorado.
Se sintió a mitad de la naturaleza
donde era esa aguja
que hallándose extraviada, también pierde la cabeza
al darse cuenta
del pajar infinito circundante.
Y cayó en el más profundo sueño.
Mas, con el amanecer,
cuando el canto del gallo le dio palmadas,
abrió los párpados
y lo primero que descubrió
fue un pelotón de rosas,
con su perfume al hombro,
conquistando el jardín; pero invadiéndolo
armado de inocencia hasta los dientes.
Gulliver caminó.

Y divisó a lo lejos el bestiario
del País de las Metáforas.
Advirtió que, ante el calor del peligro,
las ardillas se evaporan hacia los más altos sitios,
a la altura en que florece
en el árbol la confianza.
Miró también que el cangrejo,
con el hilo de su prisa,
ensarta los agujeros de la arena,
no perdió de vista al rinoceronte
que cuelga de la percha neurótica del cuerno
todo su repertorio de corajes
y percibió a lo lejos que en el monte
hay ardillas, serpientes, comadrejas,
lombrices y un etcétera de hormigas.
Fue, pues, el testigo de toda una jauría de metáforas.
Las vio. Las paladeó con los ojos.
Y es que hay hombres que se encogen hasta ser
solamente una mirada.
Son los mismos que,
al acabar un ocaso que luciera el mejor de los elencos,
corren a que se les haga un tatuaje del crepúsculo
en el pecho.

Llegó entonces la tarde,
la luz que cabecea.
Y entonces a Gulliver se le vuelven vivencias
las metáforas.
Ya no las ve. Las vive. Las revive:
cuando el hombre cae en cuenta
de lo pesado que a veces resulta el aire;
y siente que sus músculos
son almacenes de anemia;

cuando advierte que las matemáticas que sabe
sólo le sirven para conocer
que tiene las horas contadas;
cuando se ve asediado
por las mandíbulas del cáncer
o por el antropófago lecho mortuorio;
cuando se sabe huérfano,
temeroso,
solitario,
como el niño que se vive
el hijo prodigo del vientre materno,
entonces
se pone de pie,
da un salto,
conquista el más allá,
pierde sus límites,
se llama superhombre
y se tutea
con todos los milagros.

Gulliver ve las metáforas.
las vive.
Las edifica.
Se le salen hasta por los codos.
Inventa un geranio,
Decreta vida eterna para el lirio.
Hace su colección de mariposas
a partir del ademán
con que una mujer lo llama.

Siente que las metáforas lo acosan,
lo esclavizan.
Se sufre mordisqueado por los tropos.

Ahogado por las metonimias.
La perífrasis halla que su cuello
yergue lo vulnerable.
Huye de infinidad de sinécdoques venenosas
y apócopes que dan su tarascada
a los vocablos.
Vive todo su cuerpo invadido de metáforas.
Metáforas reptiles. Metáforas tarántulas. Metáforas erizos.
No hay un poro de su epidermis que no esté cubierto
por esas sanguijuelas de Dios.
Se las arranca una por una,
dolorosamente.
Las pisa,
las machaca.
Cuando vuelan en torno de su rostro,
las espanta
con furiosos manotazos.
Y penosa, pero con pie firme,
se aproxima a la costa,
a la arena
(que no es el hormiguero de gránulos calientes
que amedrenta los pies,
sino tan sólo arena),
al mar que es un océano,
al buque que es un buque,
y dejando a sus espaldas la perpetua
perturbación de las metáforas,
pone a salvo su cuerpo que es un cuerpo,
sus manos que son manos,
sus ojos que son ojos
y su yo que es el de siempre:
el yo de alguien llamado
Gulliver de los pies a la cabeza.

ULISES Y EL ESPACIO

Decir de un viaje,
de morder el polvo,
de ir en pos del Santo Sepulcro
de cualquier idea,
es decir de Ulises.
Hablar de un hombre, un peregrino, un aventurero
que esconde en sus alforjas
calzadas reales,
vericuetos,
atajos
y circuitos interiores,
que se orienta durante la jornada
hacia Itaca con la proa de dedos
que olfatea el derrotero.
Ulises es la ráfaga de polvo de toda larga marcha.
Detrás de cualquier viajero
(de Colón, Magallanes, Marco Polo
o Enrique el Navegante)
se perfila Odiseo,
como la esencia que juega al escondite en una máscara.
Tras de los argonautas, de los nómadas,
de los pies que sienten el hormigueo de una tierra prome-
tida,
del infante pródigo que partió al laberinto
de la vida, pulsando entre las manos,
si no el cordón de Ariadna,
sí su propio cordón umbilical,
o del cerebro alpinista de aquel hombre

que encuentra, en los peñascos de la droga,
el vellocino de oro de un orgasmo,
se perfila Odiseo,
"Odiseo, igual a Zeus en prudencia"
(como dijera el menos ciego de todos los rapsodas)
y en el que la astucia se encontraba
patrullando sin cesar bajo la frente.
Cierto que el hilo polvoriento de su viaje fue ensartando
aventuras,
con las cuales florece su cayado,
con las cuales se embarnece su mochila,
con las cuales coloniza la experiencia
parcelas sin roturar de su materia gris,
cierto es que su marcha prescindió de la brújula,
del álgebra de los proyectos,
de la mesa redonda en que discuten los cuatro puntos car-
dinales;
pero Ulises se embarca en el sabueso
de un sentido de orientación
a quien se ha dado a oler
norte, sur, oriente y occidente,
y que, tras de llevarlo a Troya,
a la ciudad destruida
por un relincho de madera,
lo hizo atender las voces de su espalda,
regreso en que los puntos intermedios
(el cíclope, Nausica, los feacios)
son, ante el nacimiento de una frente
que reanuda, viento en popa, su camino,
y el síncope cardiaco que el vislumbre
de la meta acarrea a las sandalias,
etapas, tramos, capítulos
de una marcha en hexámetros de tiempo.

Pero también Ulises es la Itaca,
la cuna
de la órfica jornada de la trasmigración.
del alma mensajera, que en carrera de relevos,
donde un cuerpo le pasa la estafeta
de sueños a otro cuerpo, viaja
por las jaulas de carne más diversas
hasta dar con la nube impersonal de la que sólo llueven los
pronombres.

VIAJAR POR EL TIEMPO A UN SATANAS DE FUERZA

Ulises vive pecho adentro
no el dolor producido
cuando una enfermedad amuebla torpemente
la caja torácica,
no la sensación de angustia que se sufre
cuando corren por las venas
grumos de soledad,
sino un órgano interno recién nacido:
la necesidad de convertirse en otro,
de levantar la mano
y hacerle la parada a diferente
cuerpo. Sintió el impulso irrefrenable
de transformarse en Fausto,
de continuar su viaje en este doctor
de los viajes,
en este Palinuro de los tiempos,
en este caballero que reta a singular batalla
al tiempo irreversible.
Y decidió venderle a Mefistófeles,
al Shylock de las almas,
su futuro. Vendérsela
a cambio de una violación de las leyes naturales
contante y sonante,
de una transgresión que también es una marcha:
un viaje que comienza a la vejez y cuarto,
cuando brinda el reloj un gabinete
polvoriento de dudas y atestado
de un sin fin de preguntas-telarañas
que crecen y que crecen sin hallar la respuesta,
un viaje que comienza

cuando un minuto anciano da la hora,
que sigue desandando poco a poco este cuerpo
de sabio, llegado a los umbrales
de convertirse en pasto de la vida de necrófilas larvas;
que marcha a la conquista de los ojos,
que va desde la miopía
(el ojo enamorado de la tinta
de las letras impresas)
hasta enhebrar con la mirada los kilates
dorados de la luz;
que parte a la obtención
de un brazo omnipotente
que luche hueso a hueso con todos los desganos,
con todas las ideas que consienten
la invasión en sus frentes de renglones
que utiliza la edad
para ser la cronista de sí misma;
y que llega, por fin,
tras de un rápido viaje
(a la velocidad increíble de un Satanás de fuerza)
a buena juventud,
a un segundo no más de abandonar
el pellejo de la adolescencia
y en el puerto en que se alza
el mejor astillero de proyectos,
de sueños que despliegan su velamen
y van a la futura tierra firme
llevados por el soplo de los ángeles
custodios del viajero.
Y Fausto es un Ulises.
Un hombre que cabalga a su pasado,
que reserva un camarote
en una de las capacidades del demonio.

Alguien que sabe meterle reversa a un imposible. Y deletrear al revés el infinito.

A la posta final de su primer trayecto
(la juventud, el tacto a mano abierta,

la acción de deshojar

una flor salpicada,

por el rocío no, por unas gotas

de ingenuidad sin mácula)

continúa su viaje hacia el pasado,

hacia el mundo en que Ilión

rebasaba su mera existencia de tinta,

con cuerdas de laúd en vez de adobes,

para ser un lugar de carne y hueso,

un bastión con sus muros

muy bien puestos en tierra.

Y reanuda tal viaje

para dar, en el espacio antiguo,

con aquella mirada,

y con aquellos hombros,

y con aquel cabello

(mezclado entre los hilos del destino

para tejer la vida de reyes y guerreros)

que cultivó en un campo,

situado entre los muros y las naves,

los lirios putrefactos de la muerte,

donde si un corazón aún viviera

y estuviese a dos manos protegiendo

 sus últimos latidos, devendría

una aguja perdida en el pajar,

en el pajar que Marte utilizaba

para perder también,

después de su bostezo a pierna suelta,

sus ojos un momento.
Fausto es de tal manera, pues, Ulises
que al llegar, con la muerte,
a la estación final de su entusiasmo,
se pone a descansar
en el vientre de estambre de Penélope.
Y Ulises, a su vez, es tanto Fausto
que al regresar a Itaca
se guarece en un cuarto polvoriento
(proyección al cuadrado de su psiquis),
lleno de telarañas y plagado
de ángeles corrompidas que aletean
negramente en el aire;
bohardilla que es un templo,
sin ventanas ni puertas
para su misa negra.
Son una dualidad; cada uno siente
que carga, cuerpo adentro,
las entrañas del otro.
La frontera de piel que los separa,
adelgazada al punto de una idea,
se torna en espejismo,
se hace lugar de cita en que los dos
llegan a intercambiarse
sus órganos internos.
Fausto es Ulises, pues. Y Ulises, Fausto.
El mismo peregrino en dos jornadas.
Tramos los dos, entonces, de una ruta
donde cruzan los pies despellejados
hasta del propio nombre.
No es un Dios vuelto humano,
sino sólo un mortal tornado en otro
para encontrar, así, en las mutaciones

la Itaca perfecta del pesebre.

QUE DEJE EL CASTILLO DE
ESTAR EN EI. AIRE
(1984)

TRES FORMAS DISTINTAS DE ENCONTRARSE SOLO

Alpinismo teológico.

Hombres que asidos al mismo cordel,
las líneas de la existencia anudadas,
arriban a una fe que se codea con las nubes.

Alpinismo que corrige la caída del ángel rebelde.

Ascenso hacia la cúspide, a su aroma de palabras sublimes,
hacia el encuentro con distintos labios
que gritan a los cuatro vientos: Dios a la vista.

Alpinismo que asciende hasta llegar
a ese mal de montaña, a esa patología aérea
que, tras de introducirnos en el cuerpo
el tumor canceroso del miedo al precipicio

(el canto de sirena del infierno)

nos proclama que El no sufre límites.

Que El es el principio de nunca acabar.

Que la autoconciencia del Ser Supremo es deletrear en un
instante

su propio infinito.

Que El, que es la capital de las perfecciones, está solo,
pero en una soledad en que disfruta
un orgasmo perfecto cada vez que piensa en sí mismo,
un clímax sostenido en cúpula mayor,
en agudo de cielo,
que difiere de tajo

del orgasmo de moscas de los pobres mortales.

Que El no creó al hombre para hacerse compañía,

para tener con quién dialogar,

para rellenarse algún sagrado hueco,

para romper, a hablar y hacer que su rompecabezas de

sonidos
sea la materia melodiosa
con la que aprende a oír la prole humana,
los hilachos de cieno embarazados
por alguno de los ademanes del Rey de Reyes.
Dios no es un ente que requiera del espejo
(con la sinceridad hecha de azoque) de otra persona
y su respuesta de miradas.
El no estructura su yo mediante el parpadeo de los otros.
Ensimismado,
mirándose mirarse,
no es un ojo encerrado en el triángulo de su propia
miopía.
Es la serpiente de la automirada
masticando las luces de su cola.
El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo no forman un trío de
cuerdas
interpretando la música de los astros.
No son el embrión de un mitin.
No son el buró político que ordena las leyes naturales.
No es posible registrar el más mínimo crecimiento de-
mográfico
del motor inmóvil,
del motor en que a un tiempo
acelerador y freno son pisados.
No son una trinidad de continentes
con el mar de sus diferencias lamiéndoles las playas.
Son una soledad.
Tres formas distintas de encontrarse solo.
Pero una soledad.
Un imperio sin disidencia de relojes
(sin un solo tic tac conspirativo)
acotado por la alambrada de púas de lo inefable.

Soledad plena y autocomplaciente.
Algo como preguntarse:
¿a dónde hay que ir? Y ser el camino.
Preguntar la hora. Y ser el tiempo.
Preguntar por la pregunta. Y ser la omnipotencia de la lengua,
la fe de erratas de las Sagradas Escrituras.
Soledad en que encarna un movimiento
que baila el **vals eternidad** con su reposo.
Soledad sin resquicios, tan compacta
que ni con un suspiro podría atravesarse.
Soledad sin un solo ventanal que dé hacia las criaturas,
hacia los ángeles ganados por el polvo
o las bestias con pestañas salpicadas de estrellas.
Música que construye sus propios instrumentos.
Púlpito de lo santo rugiendo hacia el vacío.
Masturbación que eyacula perfecciones.

EL LIBRO DE LOS PRONOMBRES (1984)

En nuestra América, donde los muros
sirven para inscribir
un rechinar de dientes,
el gruñir de las rodillas en el polvo,
una injuria expansiva de nunca acabar, l
os **mueras** y los **vivas** que son gritos,
callados por la piedra, pero gritos.
Donde a la vuelta de la calle
nos hallamos paredes
en que el asco pintó sus acuarelas
o el coraje, logrado al exprimir los puños,
proyectó sus murales.
En nuestra América,
donde a la mitad de un encalado
aúllan a la luna los estómagos vacíos,
cortan cartucho las ojeras
o se lleva al paredón por lo menos el nombre del tirano,
hallamos a veces un imprevisto: "Te amo, Teresa"
o "Guadalupe, nunca te olvidaré"
Y ante este espectáculo, hay que interrogarse:
¿Por qué algunos necesitan
exponer a los ojos de toda la ciudad
los tatuajes de su alma?
¿Por qué algunos,
en medio de los fogonazos de las pasiones civiles,
entonan, en primera persona de ternura, una balada,
un hilillo musical que nace en la boca del yo
para escudriñar en el tú
el bendito agujero de la oreja?
Y la respuesta no tarda en presentarse:

si hojamos las paredes de la ciudad
vemos que no sólo hay muros violentos,
argamaza y pintura salpicadas de entrañas
o sílabas leprosas de impotencia,
sino paredes líricas
que quieren aletear con sus letreros.
No solo hay odios, demandas de justicia,
barricadas,
sino citas, ensueños,
y hasta algunos suspiros
que intentan, con su granito de aire,
ayudarle por lo menos al viento
a limpiar el smog allá en las nubes.

INDICE

Prólogo.....	3
<i>Para deletrear el infinito</i>	
Cuando la pluma toma la palabra	14
La libertad indómita, lo verde.....	20
Soneto a mi locura.....	23
Los juegos de la atmósfera.....	24
Vida y obra del espacio.....	25
Las piedras insurrectas.....	27
<i>El antiguo relato del principio</i>	
Urania.....	28
Señora lagartija dinosauria.....	31
Prernamutario.....	32
La medusa.....	36
La angustia y otras ropas interiores.....	38
Noveno trabajo de Hércules	40
<i>El quínluple balar de mis sentidos</i>	
Acecha, merodea, da zarpazos.....	43
<i>El tercer Ulises o en cierto gris sentido y otros poemas</i>	
El hereje.....	50
El regreso.....	54
<i>Por los siglos de los siglos</i>	
Confidencias de un árbol.....	59
Recado.....	63
En el mercado.....	64
Discurso de José Revueltas a los perros en el Parque Hundido.....	66
Invitación.....	70

Gulliver en el país de las metáforas.....	71
<i>La larga marcha</i>	
Ulises y el espacio.....	75
Viajar por el tiempo a un satanás de fuerza.....	78
<i>Que deje el castillo de estar en el aire</i>	
Tres formas distintas de encontrarse solo.....	83
<i>El libro de los pronombres</i>	
Balada.....	86

Hay palabras sumisas y medrosas, apacibles y apoltro-
nadas en su conformismo. Verbos hincados de rodi-
llas. Adjetivos de cerviz doblegada. Oraciones que
nunca han ido a gritar al Zócalo hasta sentir todas sus
letras enronquecidas. Son los vocablos de las mafias,
las academias, los intereses creados. Las gramáticas de
buenas costumbres, sensatas y tranquilas, sin rugidos
ni estridencias. El que esto escribe ha preferido olfatear
otros rumbos e internarse en diferentes caminos. Me
repugna el panfleto, la vociferación al margende la lira;
pero me atrae la barricada y sueño firmar con sangre
un convenio de pólvora con mis hermanos. Mi gramá-
tica es *una gramática iracunda* que no las trae todas
consigo, que saborea su mal sabor de boca y se halla de-
dicada a masticar su rechinar de dientes. Es una anto-
logía, hecha por mí mismo, de mis vivencias más in-
transferibles, y como tal no sólo incluye mis poemas
pecho a tierra, mis versos en cóleras izados, sino tam-
bién algunos menos ríspidos y de mayor serenidad, ya
que por fortuna me ha sido dable escribir, según las di-
versas ocasiones, "con murmullos de lápiz o alaridos
de tinta".

Enrique González Rojo

EDITORIAL DIÓGENES, S.A. MÉXICO